

EDITORIAL DIENTE DE LEÓN

UNANUEVA  
FORMA DE VER  
EL MUNDO  
**Armonía**  
S.A.R. EL PRÍNCIPE  
DE GALES  
TONY JUNIPER E IAN SKELLY

▶ ecología





EDITORIAL  
DIENTE DE LEÓN

# Armonía

## Una nueva forma de ver el mundo

S. A. R. el príncipe de Gales  
Tony Juniper  
Ian Skelly



EDITORIAL  
DIENTE DE LEÓN

Título original: *Harmony: A New Way of Looking at Our World*  
Acuerdo de publicación realizado a través de Harper, un sello de HarperCollins Publishers.

© de esta edición:  
Sonmo Playwright, S. L. U., 2022  
Editorial Diente de León  
Avda. Luis Salvador Cilimingras, s/n  
07170 Valldemossa (Islas Baleares)  
[www.editorialdientedeleon.com](http://www.editorialdientedeleon.com)

*Primera edición: abril 2022*

© AG Carrick Ltd., 2010  
© S. A. R. el príncipe de Gales, Tony Juniper e Ian Skelly, 2010  
© de la traducción: Miguel Cisneros Perales, 2022

© Ilustración y diseño de cubierta: Andrew Davidson  
© de los créditos fotográficos en la [página 279](#)

ISBN eBook: 978-84-123669-5-2

La editorial Diente de León está comprometida con la ecología y la salud, lo que significa reducir al mínimo nuestro impacto medioambiental.

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitido la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:  
[ana@editorialdientedeleon.com](mailto:ana@editorialdientedeleon.com)

# Índice

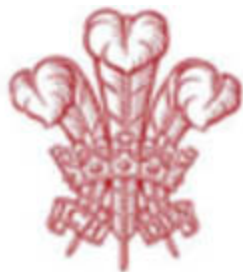
PRÓLOGO, DE S. A. R. EL PRÍNCIPE DE GALES

- I. Armonía
- II. Naturaleza
- III. El hilo dorado
- IV. La Era de la Desconexión
- V. Renacimiento
- VI. Cimientos
- VII. Relación

AGRADECIMIENTOS

ÍNDICE ANALÍTICO

CRÉDITOS FOTOGRÁFICOS



CLARENCE HOUSE

## Prólogo

La primera edición de *Armonía* se publicó en 2010 y, aunque no parezca demasiado tiempo, el mundo ha cambiado irreconociblemente. Por entonces, la amenaza de una catástrofe climática parecía a muchos una posibilidad muy remota. Hubo científicos que la consideraron teórica y un gran número de personas consideró que había suficiente incertidumbre sobre el tema como para negarlo por completo y poder continuar con sus vidas. Sin embargo, aquí estamos, apenas una década después, viviendo las consecuencias del incremento de la temperatura mundial que, si no se controla, amenaza los cimientos de nuestra civilización.

La razón por la que escribí este libro fue para advertir del peligro del cambio climático y sus consecuencias, y para tratar de explicar las razones filosóficas y sociales por las que nos encontramos en una situación tan aterradora. Además, parece una completa locura arriesgar nuestro mundo hasta el límite de su destrucción y descartar sin más el principio de precaución.

Ahora es demasiado tarde, la marea ha comenzado a cambiar. Actualmente, existe un mayor entendimiento de que nuestra actitud hacia el mundo natural empuja la red de la vida y de que las condiciones tolerables para la existencia de la Tierra están al borde del colapso. Antes nos sentíamos cómodos viendo a la naturaleza como una fuente ilimitada de materias primas o el lugar donde arrojar todos nuestros desechos. Hoy en día, muchas personas se han dado cuenta de que la extinción masiva de animales y plantas, o la degradación de suelos y ecosistemas que hemos provocado, están teniendo un impacto directo tanto en nuestra alimentación como en el agua. Estamos operando en un nivel de rendimiento de recuperación peligrosamente bajo, y todavía estamos solo al comienzo de donde deberíamos estar.

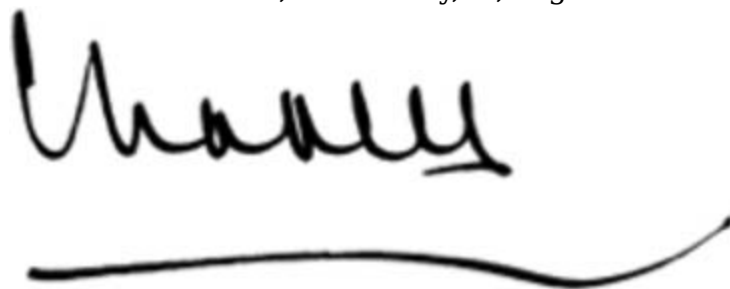
Debe haber un cambio generalizado en la forma en que las personas piensan y perciben el mundo natural. Las soluciones que hemos ideado hasta ahora deben ampliarse lo suficiente para que nos coloquemos en una base sostenible adecuada. Hemos logrado grandes avances, el acuerdo de París de 2015 sobre el cambio climático, los compromisos de alto nivel para detener la destrucción de la naturaleza y una financiación suficiente para el desarrollo sostenible que servirán de poco si no emprendemos acciones reales para lograr objetivos sin emisiones y programas efectivos sobre el terreno que ayuden a la recuperación.

Por lo menos, tenemos visiones en el mundo de lo que podría hacerse. He conocido algunas ideas muy prometedoras, razón por la cual emprendí en 2020 la Iniciativa de Mercados Sostenibles (SMI, por su sigla en inglés) con la finalidad de movilizar un potencial de billones de dólares en una inversión del sector privado que podría marcar la diferencia. Su objetivo es identificar los mejores enfoques comerciales que protejan el capital natural, en lugar de erosionarlo, con esquemas de inversión que cambien la agricultura de los sistemas industriales a los regenerativos, y permitan el desarrollo de tecnología de vanguardia en la producción de energía limpia y la bioeconomía circular emergente. Además, se pretende explorar cómo mejorar la confianza de los bancos internacionales que han de invertir en el despliegue de combustibles sostenibles y en la infraestructura necesaria para el transporte marítimo y la aviación. Y, por último, identificar los bloqueos en la inversión global, ya que, si se eliminan, podrían permitir la restauración de millones de hectáreas de tierra degradada en todo el mundo, y con ello, proteger las vidas y los medios de subsistencia de millones de personas que viven en las regiones más vulnerables.

La tecnología, por sí sola, no resolverá todos los problemas: este es un argumento central en este libro. Las razones por las que estamos en este lío se basan en nuestra crisis de percepción. Es una crisis que tiene sus raíces en las peligrosas derivaciones de un pensamiento que ocurrió en el pasado, y que ahora deben corregirse para que entendamos correctamente cómo funciona el mundo natural y actuemos de acuerdo con nuestro verdadero lugar dentro de él.

Escribir este libro me ayudó a formular un plan básico que se convirtió en lo que llamamos «Terra Carta», un alegato en favor de la Tierra publicado en 2021 que establece las prioridades y los principios para la acción. Es un plan de recuperación que pone a la naturaleza, a las personas y al planeta en el corazón de la creación. Mi esperanza es que, si las empresas y los gobiernos lo suscriben, podríamos combinar el precioso e insustituible poder de la naturaleza con nuestro extraordinario ingenio para sentar las bases de un futuro duradero y seguro para toda la vida en la Tierra, porque cada uno de nosotros dependemos de ella.

Espero que esta edición en español de *Armonía* sirva para que nuevos lectores entiendan la necesidad de una revolución en nuestro pensamiento que impulse la acción urgente que necesitamos para asegurar el futuro, genuinamente sostenible y equilibrado, de nuestro mundo: único, hermoso y, sí, sagrado.

A handwritten signature in black ink, appearing to read "Chavvy", with a long, sweeping underline that extends to the right.





*La Tierra vista desde el Apolo 8 mientras orbitaba la Luna el 24 de diciembre de 1968. Por lo que sabemos, la Tierra es el único lugar del universo que alberga vida. Esta imagen ha servido como inspiración al movimiento ecologista moderno.*



*«Trabajando en Highgrove, mi casa en Gloucestershire (Inglaterra), construyendo barreras vegetales mediante técnicas tradicionales antiguas. Las barreras de setos (Hedgerows) no solo son formas duraderas y sólidas de cercar los campos para criar ganado, también son refugios para la vida silvestre y una forma tradicional de detener la erosión del suelo».*

# I. Armonía

*Descubre idiomas en los árboles, libros en los arroyos, sermones en las piedras, y el bien en todas las cosas.*

WILLIAM SHAKESPEARE, *Como gustéis*

Este libro es un llamamiento a la revolución. La Tierra está en peligro. No puede soportar todo lo que exigimos de ella. Está desequilibrándose y nosotros, los humanos, somos los culpables.

«Revolución» es una palabra fuerte y la uso deliberadamente. Todos los problemas ambientales y sociales que en la actualidad ensombrecen nuestro futuro no se pueden resolver manteniendo la misma manera de ver las cosas que los ha causado. Si queremos transmitir a nuestros hijos y nietos una forma mucho más duradera de vivir en el mundo, entonces tenemos que embarcarnos en lo que solo puedo describir como una «revolución de la sostenibilidad»; y debemos hacerlo con urgencia. Esto nos obligará a realizar modificaciones drásticas en nuestra manera de entender y vivir el mundo, pero estoy

convencido de que tenemos la capacidad de dar estos pasos. Lo que tenemos que saber es que las soluciones están al alcance de nuestra mano.

En la actualidad repican con estruendo las campanas de alarma de la Tierra y, por tanto, no podemos continuar poniendo una excusa tras otra ni mostrándonos escépticos para evitar hacer lo verdaderamente necesario: que la raza humana actúe de una manera más benigna con el medioambiente. Y esto significa solo una cosa: volver a colocar a la naturaleza en el centro de nuestras consideraciones. Pero esto no sería más que el comienzo. Debemos ir mucho más lejos. No podemos actuar correctamente sin pensar antes correctamente, y en esta simple verdad se halla el propósito más profundo de este libro.

Llevo más de treinta años trabajando para encontrar las mejores soluciones a los problemas a los que ahora nos enfrentamos, que son múltiples y están muy arraigados. Lo he intentado, por ejemplo, divulgando los principios de lo que creo que es una agricultura sostenible de verdad: la agricultura ecológica. También he defendido los principios del urbanismo sostenible, que es capaz de añadir valor social y ambiental a las ciudades y a los paisajes urbanos mediante un desarrollo de uso mixto que coloca a los peatones en el centro del proceso de diseño, pone el acento en la identidad y el carácter local, y emplea técnicas de construcción ecológicas. Durante muchos años he estado trabajando para forjar alianzas eficaces entre el sector privado, el público y las organizaciones no gubernamentales (ONG), capaces de hacer frente a las graves amenazas que plantea el cambio climático y de poner en marcha iniciativas significativas para tratar de salvar lo que queda de las selvas tropicales y de otros importantes ecosistemas naturales, como los océanos y los

humedales, que se encuentran al borde del colapso. También llevo apoyando, desde hace veinticinco años, a las empresas social y ecológicamente responsables y proponiendo una perspectiva más equilibrada de ciertos aspectos de la medicina y de la asistencia sanitaria, así como modos más integrales de educar a nuestros hijos y un rumbo más benigno y holístico para la ciencia y la tecnología. El problema es que en todas estas áreas he atacado las bases comúnmente aceptadas de su conocimiento, la ortodoxia y sus convencionales sistemas de pensamiento actuales, en gran parte derivados de la década de 1960, pero cuyos orígenes se remontan más de doscientos años.



*El método agrícola conocido como «tala y quema» está ampliamente extendido en lugares como el sur de Sumatra (Indonesia). Esta técnica arrasa con los árboles de la selva tropical virgen y, al quemarlos, produce el 17 por ciento de las emisiones de CO<sub>2</sub> provocadas por el hombre cada año.*

Tal vez no tendría que haberme cogido por sorpresa que tantas personas no hayan entendido mi propósito. Muchos creyeron, o eso les dijeron, que yo andaba saltando de un tema a otro sin ton ni son, ahora dedicándome un rato a la arquitectura, luego interesándome otro rato por la agricultura, por la mañana salvando las selvas tropicales y

luego por la tarde ayudando a que los jóvenes pusieran en marcha nuevas empresas.

Pero lo que he estado tratando de demostrar es que todos estos temas están interrelacionados y que tenemos que ver el panorama en su conjunto para comprender los problemas que afrontamos. Y esto no solo concierne a la forma en que tratamos al mundo que nos rodea, sino también a cómo nos vemos a nosotros mismos.

He orientado todos mis esfuerzos a tratar de dejar claro que en todas estas áreas se dan los mismos problemas porque nos hemos olvidado de sus principios básicos y primordiales: los principios que rigen el estado de equilibrio activo, que es vital tanto para la salud del mundo natural como para la sociedad humana. A este estado activo pero equilibrado lo llamamos «armonía», y este libro está dedicado a explicar cómo funciona la armonía.

Este es un libro en el que espero compartir los resultados de treinta o cuarenta años de pensamiento, observación y reflexión. Quiero mostrar lo que he logrado a partir del estudio de los principios esenciales de la armonía: saber cómo operan en la naturaleza y que si los ignoramos o desobedecemos, estos preciosos sistemas de soporte vital de la Tierra comienzan a tambalearse hasta que, finalmente, pueden llegar a colapsar. En algunos casos, ya se encuentran en peligro.

Por esto, nuestro viaje comienza posando la mirada en lo que estamos haciendo con nuestra fértil Tierra tras dos siglos y medio de industrialización intensiva. Todos esperamos soluciones, así que quiero terminar este viaje ofreciendo algunas, pero las soluciones deben entenderse en su propio contexto. Sé por experiencia que si una propuesta no hunde sus raíces en los principios correctos, no servirá de nada a largo plazo. Todo lo contrario, tenderá a agravar los problemas que ya tenemos. Por eso pretendo

contextualizar históricamente la situación actual. Tenemos que darnos cuenta de que estamos yendo por la senda equivocada, pero también debemos entender por qué.

Es muy extraño que sigamos comportándonos como hasta ahora. Si estuviéramos caminando por un bosque y supiéramos que vamos en una dirección errónea, lo último que haríamos sería seguir avanzando hasta perdernos del todo. En lugar de eso, volveríamos sobre nuestros pasos hasta el lugar donde tomamos el rumbo equivocado y seguiríamos entonces por el camino correcto. Por eso creo que es esencial ofrecer algo más que una visión general de nuestra situación o una mera lista de posibles soluciones. Lo que de verdad deseo es que el mundo abra los ojos y entienda que estamos transitando una senda muy peligrosa, y que es crucial que desandemos el camino para comprender cómo hemos llegado hasta aquí; de lo contrario, no avanzaremos hacia un futuro mejor.

## CRISIS DE PERCEPCIÓN

Me gustaría indicar que uno de los principales y cada vez mayores problemas a los que nos enfrentamos es que el modo de pensar predominante nos impide escapar de este camino equivocado. Cuando las personas hablan de cuestiones como «la crisis ambiental» o «la crisis financiera», lo que realmente están describiendo son las consecuencias de un problema mucho más grave que se reduce a lo que yo llamo una «crisis de percepción». En el fondo, es por culpa de la forma en la que vemos el mundo. Si solo nos centramos en solucionar los problemas externos sin prestar atención a este problema interno y central, entonces las raíces del problema seguirán estando ahí, y



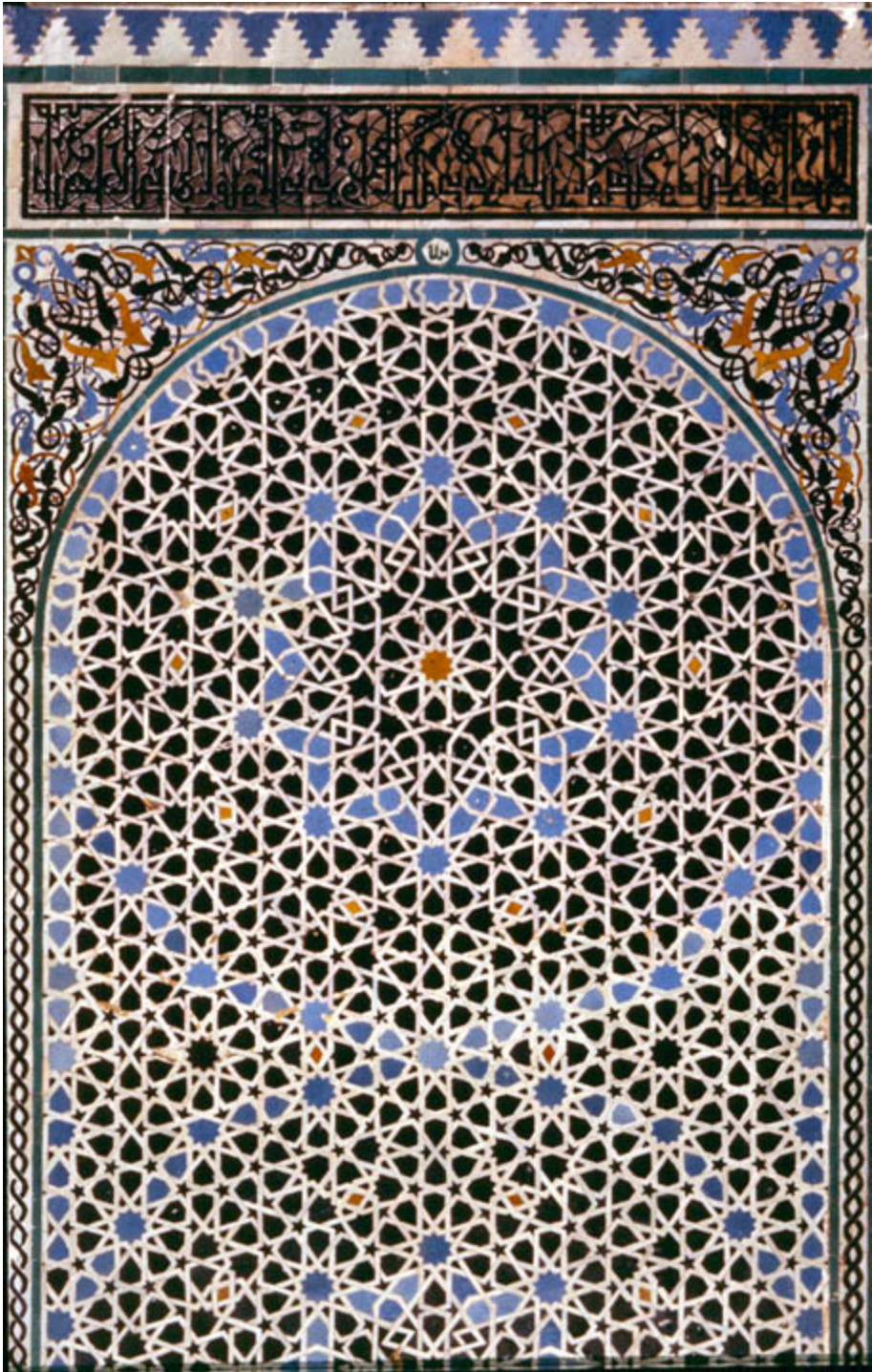
continuaremos perdidos en el bosque, buscando el camino correcto sin tener claro dónde tomamos el giro equivocado.

Por eso quise escribir este libro. Con la ayuda de Tony Juniper e Ian Skelly, quiero mostrar que nos hemos acostumbrado a estar en el mundo sin conexión alguna con lo que nos rodea, hasta tal punto de que somos incapaces de ver los peligros que esto supone. Todas las soluciones que proponga solo tendrán éxito si conseguimos cambiar nuestra forma de entender el mundo. Lo que pretendo no es algo estrictamente nuevo, pero sí es un modo de ver las cosas totalmente diferente a la que hoy en día nos parece la única mirada posible y razonable, así que viajaremos en el tiempo para ver el mundo como lo veían los antiguos. Si percibes que sientes alguna oposición a este cambio, entonces te insto a que consideres un hecho importante: esta visión atemporal está arraigada en la condición y la experiencia humanas.

Podría ser un poco abrumador si dejo caer al principio del libro que quiero incluir en este viaje un breve recorrido por la filosofía tradicional, pero te aseguro que tal explicación será indolora y que se explicará con sencillez. No es menos importante porque sea sencillo.

Quizá valga la pena recordar lo que significa la palabra «filosofía». Es una combinación de dos palabras griegas: la primera significa 'amor' y la segunda 'sabiduría'. Por tanto, un filósofo es un amante de la sabiduría, y la sabiduría a la que se refiere es la sabiduría humana, la que se transmite de generación en generación en todas las sociedades del mundo. Hasta hace muy poco, esta sabiduría, honrada por el tiempo, era el marco de comportamiento por el que se regían todas las civilizaciones. Nos indicaba la manera correcta de relacionarnos con el mundo natural, nos instruía de manera práctica cómo trabajar los frutos de la naturaleza, en lugar de hacerlo en contra de ella, y nos

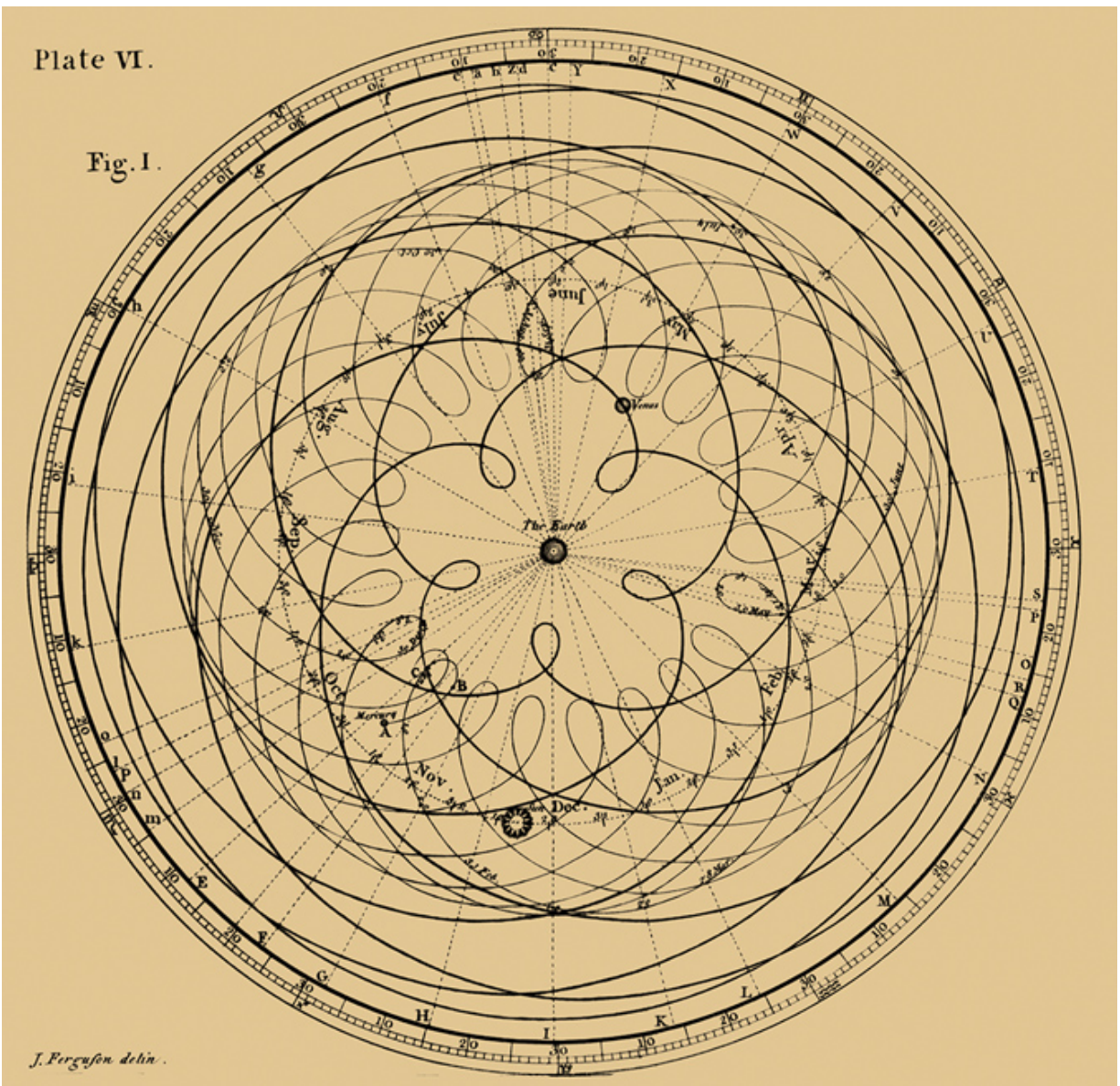
advertía sobre los peligros de sobrepasar los límites que la naturaleza se había impuesto a sí misma. En definitiva, esta sabiduría enseñaba la necesidad de la armonía y cómo mantenerla.



*Patrón islámico de la madrasa Al Attarine, en Fez (Marruecos). Esta geometría se encuentra en la naturaleza y se manifiesta en las relaciones entre las órbitas planetarias y sus proporciones. Como veremos, es la gramática que sustenta la vida entera.*

## SABIDURÍA ANTIGUA

La primera vez que hice el esfuerzo de entender lo que este pensamiento histórico nos podía enseñar comencé a notar una curiosa conexión entre los muchos problemas que nuestra visión del mundo moderno ha creado y un tema que me fascinaba cada vez más. Me refiero a un tema apasionante: el diseño y el simbolismo de la arquitectura de los templos, mezquitas y catedrales del mundo. Cuanto más aprendía sobre esto, más me daba cuenta de que había una similitud entre la forma en que las civilizaciones antiguas construían sus estructuras sagradas y la forma en que el mundo natural se estructura y se comporta. Las relaciones y proporciones que definen la forma en que crecen y se desarrollan los organismos naturales son las mismas que las que sostienen la estructura de los edificios antiguos más famosos. Yo era uno entre muchos que había empezado a unir las piezas de un enorme puzle que reveló, para mi sorpresa, la profunda visión que se encontraba en el núcleo del pensamiento antiguo. Explicaré todo esto mediante numerosas imágenes en el epígrafe titulado «La gramática de la armonía», en el capítulo tercero, para contextualizar la historia de la modernidad, ya que existe una relación directa entre los patrones que inspiraron a los constructores de todas esas grandes obras maestras de la arquitectura religiosa y la forma en que funciona el mundo natural cuando se encuentra sano y equilibrado. Ambos hablan con la misma *gramática*.



*Nuestro vecino más cercano, Venus, recorre cada ocho años los cielos sobre la Tierra; su recorrido, en forma de rosa de cinco pétalos, lo trazó hace cuatrocientos años el astrónomo alemán Johannes Kepler. Es el origen de la familiar estrella pentagonal que se encuentra en muchas formas naturales y en la arquitectura religiosa de todo el mundo.*

Al darme cuenta de esto, comencé a comprender que el monstruo de la industrialización se erige sobre un lenguaje un tanto aberrante —y creado por el hombre— que articula una visión del mundo que ignora la gramática de la naturaleza. Gran parte de la sintaxis de este lenguaje

sintético no está en sincronía con los patrones y proporciones naturales, y por eso a menudo desentona con el lenguaje de la naturaleza. Esta es la razón por la que, para tanta gente, muchos edificios modernistas no son «apropiados», incluso aunque les parezcan interesantes; o tal vez el motivo por el que nos incomoda la ganadería industrial, aunque funcione bien desde un punto de vista económico, ya que produce mucha comida a un precio muy bajo; o por qué sentimos que a la medicina que trata el cuerpo como una máquina le falta algo, ya que no satisface las necesidades de la mente o el espíritu.

Por otro lado, descubro que si se alienta a las personas a sumergirse en la gramática y la geometría de la naturaleza (a explorar cómo funcionan, cómo controlan la vida en la Tierra y cómo la humanidad las ha representado en tantas obras de arte y arquitectura), esto las lleva a menudo a desarrollar ideas filosóficas de mucho calado sobre el significado y el propósito de la naturaleza, y también sobre lo que significa ser consciente y estar vivo en este extraordinario universo. Esto es particularmente cierto en los jóvenes, y los resultados de tal inmersión son tan alentadores como sorprendentes. Nos ayudan a cambiar nuestro modo de pensar y a abrir nuestra mente hasta alcanzar la visión de la revolución de la sostenibilidad.

*Lo que pretendo no es algo estrictamente nuevo..., viajaremos en el tiempo para ver el mundo como lo veían los antiguos.*

Sobre todo, es la dimensión espiritual de nuestra existencia la que se ha descuidado peligrosamente durante la Edad Moderna, esa dimensión que está más relacionada con nuestros sentimientos e intuiciones acerca de las cosas. La tendencia creciente en el pensamiento occidental dominante a ignorar esta dimensión espiritual proviene de una combinación del aumento del cinismo durante la segunda mitad del siglo xx y del rechazo generalizado a las grandes preguntas filosóficas sobre nuestra existencia. La cosmovisión dominante solo acepta como real lo que ve en términos materiales, y esto nos pone en una situación muy peligrosa, entre otras cosas porque cuanto más extremo se vuelve este enfoque, más extrema es la reacción que ocurre en contraposición, por lo que nos encontramos con dos bandos igualmente fundamentalistas y reduccionistas enfrentados entre ellos. Por un lado, el laicismo fundamentalista; por otro lado, las religiones fundamentalistas. Esto parece suceder tanto en el cristianismo como en el islam y, allí donde se produzca, la interpretación religiosa se vuelve más puritana y más literal, se abandona la cultura e incluso se atacan las antiguas y simbólicas interpretaciones de la tradición propia, esas enseñanzas que señalan los límites necesarios de nuestro comportamiento. Con tanto énfasis en la precisión histórica de los orígenes de una religión, la búsqueda del misterio parece dar paso a una búsqueda vana de la certeza. Lo que era una actitud tradicional se convierte en una actitud «moderna» y «progresista», demasiado intolerante con la moderación, y así, los límites—los límites necesarios de la naturaleza— terminan siendo eclipsados por el dogma.

¿Esto ha ocurrido porque una dimensión concreta de nuestro pensamiento se ha vuelto demasiado dominante? Y si es así, ¿cuál es la idiosincrasia de esta actitud? Después

de haber reflexionado sobre estas cuestiones durante mucho tiempo, mi opinión es que la visión del mundo occidentalizado se ha visto restringida con demasiada estrechez por una concepción mecanicista de la ciencia, la misma que ha prevalecido y echado raíces en Occidente en los últimos cuatrocientos años. Este paradigma se basa en su totalidad en la recopilación de los resultados que se obtienen al someter los fenómenos físicos a experimentos científicos. Se llama «empirismo», y, dicho de otro modo, es un tipo de lenguaje. Es un lenguaje muy refinado, pero es incapaz de desentrañar experiencias como la fe o el significado de las cosas. Tampoco puede expresar los asuntos del alma. Hoy es el único tipo de lenguaje en el que se confía para articular nuestra manera de entender el mundo. Que no se me malinterprete: desempeña un papel muy importante, sí, pero el problema es que, en la actualidad, el empirismo ha impuesto su autoridad más allá de lo que es capaz de comprender y, en consecuencia, ha excluido las voces de otro tipo de lenguajes que alguna vez tuvieron la legítima función de dar a la humanidad una visión integral de la realidad; me refiero a los niveles filosóficos y espirituales del lenguaje. Y esta es la razón por la que el empirismo no deja lugar para el alma.

Piénsese en algo tan básico como la conversación que podría tener lugar en una clase de Biología en la que los estudiantes solicitan a su profesor que aborde los aspectos éticos y morales de la manipulación genética. En ese instante, ¿el maestro se convierte en un filósofo o sigue siendo un profesor de ciencias? Estoy bastante seguro de que la mayoría de los profesores se sentirían muy incómodos al asumir el papel de guía espiritual cuando surjan tales preguntas. Lo esencial aquí es saber hasta dónde puede llegar nuestro conocimiento empírico antes de que empiece a adentrarse en un ámbito de discusión para

el que no está preparado. Me gustaría ser claro al respecto. La ciencia nos puede decir cómo funcionan las cosas, pero no está capacitada para decirnos qué significan las cosas. Ese es el dominio de la filosofía, la religión y la espiritualidad.

Vuelvo a repetirlo: el empirismo ha de representar su papel, pero no puede acaparar todo el reparto de la obra. No obstante, como lo intenta continuamente, nos encontramos inmersos en su actitud dominante. El lenguaje del empirismo está tan enraizado y extendido que impone su autoridad a cualquier otra forma de ver el mundo. Más aún: decide si esas otras maneras de ver las cosas son correctas o incorrectas en función de que superen las pruebas empíricas.

No siempre ha sido así. Quisiera mostrar cómo la ciencia mecanicista ha llegado a erigirse en los últimos tiempos en la única autoridad mundial, cómo se extendió su influencia desde el siglo XVII en adelante y cómo, lenta pero firmemente, fue excluyendo a otros lenguajes que antes también formaban parte del debate. Sobre todo, porque no solo nos impide seguir considerando el mundo desde un punto de vista filosófico, sino que esta manera predominantemente mecanicista de mirar el mundo también ha truncado nuestro vínculo espiritual con la naturaleza. Las preocupaciones de este tipo se diluyen en el debate principal sobre lo que le estamos haciendo a la Tierra. Se descartan por anticuadas e irrelevantes, porque nada existe si no se puede pesar o medir. Y por eso vivimos en una época que dice no creer en el alma. El empirismo nos ha mostrado cómo funcionan y encajan las piezas del mundo, y sus explicaciones no tienen nada que ver con Dios. No hay evidencia empírica de la existencia de Dios; ergo, Dios no existe. Puede parecer un argumento muy racional y sensato, siempre y cuando se comparta la



definición empírica de Dios como cosa. Me atrevo a decir que podemos utilizar el mismo argumento para explicar la existencia del pensamiento. Al fin y al cabo, ningún escáner cerebral ha logrado fotografiar un pensamiento, ni tampoco un pedazo de amor, y nunca lo hará; por lo que, aplicando ese criterio, el pensamiento y el amor tampoco existen.





*En las imágenes de lugares sagrados, como este Cristo de la catedral de Canterbury (Inglaterra), subyace un simbolismo que va más allá de la cultura particular y del momento en que fueron creadas.*

Puede parecer una comparación frívola, pero no es más que la consecuencia lógica de seguir obstinadamente la idea de Galileo de que en la naturaleza no hay nada más que cantidad y movimiento. Con el tiempo, ha llegado a un extremo tan grave que ya no somos capaces de ver el mundo más allá de lo superficial y lo aparente. Por el contrario, estamos convencidos de que es necesario seguir un modo de vivir y de ser que niega el lado no material de nuestra humanidad, incluso aunque, contrariamente a lo que se supone que es una creencia popular cada vez más extendida, esta otra mitad de nosotros mismos sea en realidad tan importante como nuestra racionalidad, si no más. Es nuestro modo de relacionarnos con el resto del mundo natural, y por eso me preocupa desde hace mucho tiempo que nuestro pensamiento colectivo y nuestra forma predominante de hacer las cosas estén tan peligrosamente desequilibrados con respecto a la naturaleza. Hemos llegado a funcionar solo con un enfoque materialista unilateral, que no se define por ser inclusivo, sino por rechazar todo aquello que no pueda medirse en términos materiales.



*«Ahora que el sistema de soporte vital de nuestro planeta comienza a fallar y nuestra supervivencia como especie pende de un hilo, debemos recordar que nuestros hijos y nietos no se preguntarán qué palabras dijo nuestra generación, sino qué hicimos para evitarlo. Por tanto, démosles una respuesta de la que podamos sentirnos orgullosos». Extraído de mi discurso de apertura dirigido a los líderes mundiales en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, celebrada en Copenhague el 15 de diciembre de 2009.*

Esto es característico de la historia de Occidente. En general, las personas del resto del mundo no entienden cómo hemos podido desacralizar tanto la naturaleza. Es más, muchas personas de Occidente son incapaces de

reconocer que este exceso de ciencia moderna no supone solo un conocimiento *objetivo* de la naturaleza, sino que se basa en una forma particular de pensar la existencia y está motivada por la ambición de dominar la naturaleza. El motivo por el que esto ha llegado a ocurrir tiene mucho que ver con el adormecimiento de nuestro impulso vital innato, o «tutor interior», la llamada «intuición humana».

Nuestra intuición está profundamente enraizada en el orden natural. Es «el regalo sagrado», como lo llamó Einstein. Muchas tradiciones religiosas se refieren a ella como la voz del alma: el vínculo entre el cuerpo y la mente, y, por tanto, el vínculo entre lo particular y lo universal. Si reconociéramos esto, tal vez recordaríamos cuál es el lugar correcto de nuestra existencia dentro de la creación y dejaríamos de aislarla, protegerla y privilegiarla en categorías de nuestra propia invención. Pero es poco probable que esto ocurra mientras el racionalismo científico continúe alejando a las personas de cualquier práctica espiritual o reflexión, perpetuando lo que a mí me parece una confusión generalizada. Esta confusión a menudo sale a la luz durante uno de esos típicos interrogatorios que se les hacen a personas que han experimentado la fe. Se espera que ofrezcan pruebas empíricas de que Dios existe. Como espero que quede claro más adelante, esta pregunta solo puede tomarse en serio cuando la fe y lo divino se consideran meros objetos materiales.

Existieron una visión del mundo y una forma de relacionarnos con él mucho más integrados a lo largo de la Antigüedad y hasta ese periodo crítico en la Europa del siglo XVII, cuando el pensamiento occidental empezó a tener una visión más fragmentada de las cosas. No considero que esa fragmentación sea el eje del problema, sino que este gira en torno a sus causas, y por eso siento que es

necesario explorar, de la manera más diligente posible, cómo nació el mundo moderno y cómo hemos llegado hoy a pensarlo de este modo tan abiertamente mecanicista. Al persistir en este punto de vista, ignoramos, abandonamos y desperdiciamos la sabiduría, el conocimiento y las habilidades que hemos ido acumulando y desarrollando a lo largo de la historia humana. Tal vez no se entienda del todo bien, como debería, que gran parte de la sabiduría a la que me refiero le llegó a la humanidad a través de la revelación. La revelación no se considera posible desde un punto de vista empírico. Se produce cuando alguien practica una gran humildad y logra un dominio sobre su ego hasta el punto de que «el conocedor y lo conocido» se convierten en uno solo. Y de esta unión fluye el entendimiento de «la mente de Dios». No puedo enfatizarlo con suficiente firmeza: al menospreciar este proceso y descartar lo que le ofrece a la humanidad, desechamos un salvavidas para el futuro.

*Por eso, desde aquellos primeros días de inquietud, he dedicado mucha energía a intentar salvar lo que queda de las miradas tradicionales del mundo.*

Nací en 1948, justo a mediados del siglo xx, en medio de la reluciente era de la máquina, motor de cambios colosales en el mundo occidental. En la década de 1920, el deseo

predominante de cada nación líder era lo nuevo y lo moderno: tal vez una reacción natural en un momento en el que los pueblos luchaban por recuperarse de entre los escombros de un mundo destrozado por la Gran Guerra. Lo mismo sucedió a raíz de los horrores inimaginables de la Segunda Guerra Mundial, ya que, una vez más, las naciones industrializadas tuvieron que ponerse manos a la obra y recuperar el rumbo perdido, y hacerlo rápidamente. Tal era esta sensación de nuevo comienzo que, a mediados de la década de 1950, un frenesí de cambios recorría el mundo a lomos del modernismo de la posguerra, originando una nueva era de experimentación radical en los campos más destacados del afán humano. En la década de 1960, los países industrializados estaban bien encaminados hacia el comienzo de lo que muchos imaginaron que sería una era del bienestar sin fin. Para aquellos que se encontraban a hombros del gigante industrial, la vida se volvió más cómoda, menos dolorosa y más duradera.

Recuerdo muy bien la década de 1960; ya desde adolescente me sentía profundamente perturbado por lo que parecía haberse convertido en un modo de ver las cosas peligrosamente miope. No podía evitar sentir que, en todas las áreas del saber en que se estaban produciendo estos cambios, con técnicas industrializadas que remplazaban las prácticas tradicionales, se estaba perdiendo algo muy valioso. En muchos casos ni siquiera se perdía, sino que se destruía voluntariamente. También recuerdo aquellos gritos alegres, tan de moda, de «Dios ha muerto»; quizá el epítome de esta miopía. Sin duda, fue una pista temprana que explicaba lo que había sucedido con nuestra visión colectiva del mundo natural.

Tal era el dogma del momento hasta que finalmente, cuando en la década de 1970 comencé a plantear públicamente mis inquietudes, recibí una avalancha de